

**Territorios en mutación:  
Repensando el desarrollo  
desde lo local**

Luciano Martínez Valle, compilador

# Territorios en mutación: Repensando el desarrollo desde lo local



# Índice

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador  
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro  
Quito – Ecuador  
Telf.: (593-2) 323 8888  
Fax: (593-2) 3237960  
www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador  
Avenida Colón y Juan León Mera  
Quito-Ecuador  
Telf.: (593-2) 2903 763  
www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN:  
Cuidado de la edición: María Pessina  
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena  
Imprenta: Rispergraf  
Quito, Ecuador, 2008  
1ª. edición: septiembre, 2008

<b>Presentación</b> . . . . .	9
<b>Introducción</b> <i>Luciano Martínez</i> . . . . .	11
CAPÍTULO I TEORÍA Y DEBATES SOBRE EL DESARROLLO Y EL TERRITORIO	
<b>Repensando el desarrollo. Aportes y limitaciones del desarrollo local y la economía social a una estrategia de desarrollo</b> . . . . . <i>Bárbara Altschuler</i>	29
<b>¿De lo local a lo global? La lógica política del conflicto por la instalación de pasteras en la cuenca del Río Uruguay</b> . . . . . <i>Gabriela Delamata</i>	47
<b>Experiencias de desarrollo local en Montevideo: cooperación internacional, gobierno y sociedad para la generación de redes en zonas de condición metropolitana y alto riesgo social</b> . . . . . <i>Altair Magri Díaz</i>	71
<b>Experiencia de desarrollo territorial en el Valle Araucanía y concertación de actores público-privado</b> . . . . . <i>Natacha A. Pino Acuña</i>	95

CAPÍTULO II  
DESARROLLO TERRITORIAL RURAL

**Desarrollo y territorios rurales:  
reflexiones sobre las propuestas del Banco Mundial** ..... 113  
*Alberto Riella*

**Ruralidad y territorio: una mirada desde Chile** ..... 137  
*Carlos A Amtmann*

**El papel de las instituciones en territorios rurales  
sujetos a acciones de reforma agraria** ..... 157  
*Manuel Chiriboga V.*

CAPÍTULO III  
EXPERIENCIAS RURALES Y DESARROLLO

**El campo y la ciudad: nuevas formas de intercambios  
económicos y entrelazamiento socio-territorial** ..... 199  
*Lorena Erika Osorio Franco*

**Más allá del campo: Migración internacional y  
metamorfosis campesinas en la era globalizada.  
Reflexiones desde el caso rural de Hatun Cañar  
(Andes ecuatorianos)** ..... 229  
*Michael Vaillant*

**Estrategias de reproducción social entre  
apicultores mazatecos: la búsqueda de la  
alteridad desde un espacio local-global** ..... 253  
*Rosa Isela Beltrán Huerta*

**Transformaciones rurales y reorganización territorial  
en la Ciénega de Chapala, Michoacán, México** ..... 269  
*Mtro. Guillermo Paleta Pérez*

CAPÍTULO IV  
PARTICIPACIÓN Y GOBIERNOS LOCALES

**La participación social como proceso experiencial  
en zonas rurales afroestizas** ..... 287  
*Mónica Estrada Hernández y María Almanza Sánchez*

**Escenarios de planificación- gestión participativa  
y contrato social** ..... 315  
*Juan Matías Cerezo*

**Participación y Gestión Local.  
Una visión desde la municipalidad venezolana** ..... 335  
*María Ángela Flores Páez*

**Gobierno local y gobierno comunal.  
Las paradojas de la participación comunitaria  
en los procesos de concertación local** ..... 355  
*Alejandro Diez*

Capítulo IV  
**Participación  
y gobiernos locales**

# La participación social como proceso experiencial en zonas rurales afromestizas

Mónica Estrada Hernández<sup>1</sup>

María Almanza Sánchez<sup>2</sup>

## Las distintas prácticas participativas: Estado, ONGs<sup>3</sup> y comunidades rurales afromestizas

Oaxaca (Huaxyacac-bosque de huajes) es uno de los estados más complejos del país por su gran diversidad racial, cultural y geográfica. Ha atravesado por cambios sociales drásticos que van desde la época colonial hasta la consumación del modelo global; lo cual ha devenido en la agudización de problemáticas sociales, económicas y ambientales. Actualmente Oaxaca atraviesa por una de sus mayores crisis ligadas a dichos temas, los cuales se encuentran intrínsecamente relacionados. La situación por la que atraviesan sus comunidades rurales afromestizas, se torna insostenible debido al deterioro y agotamiento de los recursos naturales, a la incorporación de su economía al sistema global, a la marginación de las familias campesinas por parte del Gobierno y Estado, así como al abandono de parcelas y tierras por el fenómeno migratorio. Esto ha representado el agravamiento de la pobreza en estas comunidades y una situación de disolución social, ya que los procesos emergentes de la globalización como la

---

1 Estrada Hernández, Mónica. Licenciada en Psicología Social por la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. monyeh@hotmail.com

2 Sánchez, María Almanza. Dra. En Sociología y Agroecología por la Universidad de Córdoba, España. Profesora investigadora de tiempo completo del Postgrado en Ciencias en Sociología Rural, por la Universidad Autónoma Chapingo. maralzan@yahoo.es

3 ONGs: Organizaciones No Gubernamentales

proliferación de valores americanos (instantaneidad, prestigio por cuanto se consume y posee, competitividad, etc.), de técnicas modernas de cultivo (uso de fertilizantes y pesticidas químicos, la introducción de plantas híbridas, el uso de maquinaria, etc.), y de la competencia desleal entre campesinos y monopolios, afectan no sólo económicamente a las comunidades rurales de Oaxaca, sino también social, cultural y ecológicamente, provocando que se reestructuren para poder sobrevivir y quizá obtener algunas ventajas de este modelo. Esto ha hecho necesaria la intervención de actores que permitan dar opciones a la conservación y sostenimiento de la unidad familiar, la comunidad, la cultura y el medio ambiente. Iniciativas que van desde 1) la generación de organizaciones civiles con proyectos de corte comunitario con la intervención de sus pobladores y gente externa; 2) la gestión de recursos para producir masivamente y competir en el mercado mundial o; 3) levantarse en protesta por la situación deplorable en la que los han colocado tanto las empresas transnacionales y nacionales, como el Estado, para no seguir siendo pobres, medio pobres o los más pobres de los pobres.

Otra iniciativa, pero esta nacida desde los grandes donantes como el Banco Mundial y el gobierno nacional (beneficiario) para dar solución a dichas problemáticas sociales, es la adoptada a fines de la década de los años cincuenta, la cual plantea reimpulsar el discurso del desarrollo a nivel social, a través de la participación de los pobladores, atribuyéndole el fracaso de los proyectos anteriores al hecho de que las poblaciones fueron marginadas de los diseños, formulaciones e implementaciones de las estrategias de desarrollo. Este cambio de estrategia unidireccional a multidireccional surge a partir de darse cuenta de que los miles de millones gastados en proyectos de desarrollo no habían tenido los resultados esperados. Dicha crítica fue realizada por activistas sociales y trabajadores de campo que coincidían con el modelo de desarrollo. Así, el Gobierno adopta este discurso y sus estrategias de acción realizando lo que llama un modelo de desarrollo multidireccional (arriba-abajo y abajo-arriba), que destaca la importancia de los métodos participativos como una dimensión esencial para el desarrollo. Así la participación es aceptada como un medio para las estrategias de desarrollo nacional, tratando de promoverla como uno de sus objetivos primordiales (Rahnema Majid 1996).

En México, El Plan Nacional de Desarrollo, apoyado en dicha estrategia, es concebido –por el gobierno y empresas nacionales y transnacionales– como social y dinámico, en tanto que permite a la población rural ser agentes activos, responsables y críticos en la edificación de la cultura y de la sociedad. Así, ha comenzado a elaborar programas<sup>4</sup> que marcarán el rumbo y objetivos que deben seguir las comunidades rurales para alcanzar su desarrollo económico y por ende su bienestar social. El Plan Nacional de Desarrollo resalta las diferencias entre los pueblos como resultado de las distintas formas de pensar acerca del futuro; pero también aclara, de manera contradictoria, que este futuro es producto de una decisión propia para imaginar y decidir cómo desean que éste sea y para establecer y realizar un plan para hacerlo realidad<sup>5</sup>. Es contradictorio pues, aunque el Gobierno reconoce que las comunidades son constructoras de su propio futuro en relación con sus creencias o pensamientos, impone al mismo tiempo una manera de imaginar y construir el futuro de estas comunidades rurales, mediante la transformación de su manera de concebir al mundo, considerando a las poblaciones tradicionales o rurales como un obstáculo para el proceso de desarrollo que requiere el país. El Estado ha creado así políticas y proyectos destinados a alcanzar la fase de despegue de estas comunidades, tal y como es planteada por la teoría de la modernización<sup>6</sup>, explicando que el cambio “al que aspiramos los mexicanos” no significa necesaria-

4 Estos están divididos en tres programas distintos. El primero nombrado Programa de la Subsecretaría de Desarrollo Social y Humano, conformado a su vez por ocho subprogramas: 1) Programa para el desarrollo local (micro regiones); 2) Programa de opciones productivas; 3) Programa de empleo temporal; 4) Programa de atención a jornaleros agrícolas; 5) Programa de incentivos estatales; 6) Programa 3x1 para migrantes; 7) Programa de atención a adultos mayores en zonas rurales; y 8) Programa de jóvenes por México. El segundo nombrado Programas de la Subsecretaría de Desarrollo Urbano y Ordenación del Territorio, contiene a su vez dos subprogramas: 1) Programa Hábitat y 2) Programa de Ahorro, Subsidio y Crédito para la Vivienda Progresiva “Tu casa”. Y, el tercero, denominado Programa de las Entidades Coordinadas y Órganos Desconcentrados, de donde se desprende el Programa de Co-inversión Social.

5 En: <http://pnd.presidencia.gob.mx/index.php?idseccion=20>

6 En San Pedro Tututepec se decidió movilizarlos mediante programas de educación y crédito para apoyar el proceso de industrialización de la agricultura. Estos últimos dieron como resultado la dependencia en las formas de cultivo, de fertilizantes y plaguicidas, que en su mayoría no pueden comprar por su condición de pobreza y que para acceder a ellos tienen que gestionar créditos con el municipio o el estado, los cuales a su vez, otorgan dichos préstamos a destiempo o lo que es igual, en fechas no aptas para el cultivo. Así que los campesinos utilizan este dinero para satisfacer necesidades más próximas, como las alimentarias, vestido o calzado.

mente la ruptura o el abandono del pasado, sino la modernización de las prácticas culturales. Ve este “cambio” como la mejor opción para perfeccionar lo existente y darle confianza y seguridad a México.

El modelo de desarrollo está basado en “el país” que el Estado quiere construir, buscando hacer realidad el futuro que él mismo ha imaginado como el más benéfico para “mejorar la calidad de vida de mexicanas y mexicanos en zonas rurales”; recogiendo argumentos globales que apelan a un desarrollo unificado sobre la base del desarrollo de las comunidades, llevado a cabo bajo un interés transnacional mediante el cambio de las estructuras económicas y simbólicas.

Las zonas rurales afromestizas del Municipio de San Pedro Tututepec han sido relativamente olvidadas por anteriores estrategias de desarrollo. Los proyectos de nivel global no han alcanzado a esta población, ya que la mayoría son acaparados por los sectores rurales más elevados (los caciques). A nivel federal, estatal o municipal, estas regiones sólo cobran importancia para el Estado y Gobierno en tiempos electorales y transiciones municipales; y la mayoría de los programas, políticas, reformas y proyectos de desarrollo establecidos por el municipio están condicionados a la preferencia partidista. Con todo y eso, el Estado ha determinado que el grado de desarrollo y progreso de las comunidades depende directamente de la participación de la población. “Ve a la participación de los sujetos, como factor fundamental para el desarrollo rural integral y al Estado como el encargado de proporcionar la base legal y los ámbitos de acción, es decir, hacia donde deben orientarse los trabajos” (Olvera 2005), lo que contribuye al éxito o fracaso de las estrategias de desarrollo, argumentando que los errores del modelo modernizador no han sido por el modelo en sí, sino por la indiferencia a colaborar por parte de la población en los proyectos acerca de los cuales tenían poca información. Por ello, el Estado se ha dedicado a capacitar y organizar mediante funciones encomendadas a gestores externos que puedan dar información sobre los supuestos beneficios que les traerán estos programas –si la gente interviene y se compromete a prestar su apoyo– y para poder encaminar las acciones de los pobladores en el cumplimiento de los objetivos elaborados e impuestos por las instituciones gubernamentales. Pero no se trata sólo de dar información e invitar a desarrollar los programas establecidos por las diversas

instituciones del Estado y el Municipio, sino de conocer cuáles son los temas que ellos identifican como problemáticos; cómo los explican y viven; cómo los significan; qué soluciones les darían; qué procesos globales los tocan; y si ellos quieren acceder y es viable ir hacia el desarrollo construido, significado y propuesto por el Gobierno y Estado.

Una de las vías más comunes para incitar a que las comunidades participen en dichos programas, ha sido proveer incentivos económicos y alimentarios, bajo la frazada de programas sociales, a todos aquellos que estén involucrados y excluyendo a quienes no lo estén. Un ejemplo claro en esta zona es el programa llamado Patio Limpio, en donde uno de los objetivos es precisamente que los habitantes mantengan limpias las carreteras, escuelas, clínicas, agencias, etc. Para poder dar seguimiento a este programa, el gobierno envía una vez cada dos o tres meses a un representante encargado de revisar que el programa esté siendo acatado por los pobladores. Así que desde la agencia se coordinan las actividades que se realizarán; dichas actividades sólo se realizan cuando saben que el representante o “inspector” llegará a la comunidad, trayendo consigo los incentivos económicos que les corresponde por limpiar ese único día su comunidad. Por medio de este tipo de prácticas, se ha pregonado la imagen de que la gente en zonas rurales ha aumentado su nivel de participación y su trabajo conjunto con el Gobierno, y explicado que, por tanto, los programas son incluyentes y participativos.

El Estado parte de la idea de que cuenta con los recursos materiales, financieros y humanos. La población rural en este caso es vista como un recurso humano con que el Estado cuenta para instrumentar sus estrategias y acciones, en el supuesto de que tal “participación” junto con los proyectos está orientada a impulsar el cambio social en las sociedades rurales; a fortalecer la organización de las comunidades; y a elevar social y económicamente el nivel de vida en el campo (Olvera et al 2005), por lo que los pobladores tendrán que colaborar, ya que estos programas están dirigidos –según su postura– a causas justificadas (igualdad de género, derechos de los niños y grupos indígenas, etc.) y a favor de las sociedades rurales en progreso (Madrado y Beller 1994).

Podemos ver aquí que la “participación” que el Estado fomenta es más una estrategia de manejo o conducción de grupos que una participación



real y activa de la población. Así, el Estado ha reconocido que “la participación de los interesados, se ha quedado muchas veces en el camino, no hay una continuidad, atribuyendo este fracaso a la poca difusión de los programas entre ellos” (Olvera et.al 2005). Esto podría también explicarse diciendo que uno de los factores que lleva rotundamente al fracaso de los proyectos de Estado ha sido el querer involucrar a la población rural en acciones pensadas, decididas y controladas por personas ajenas y con concepciones distintas a las suyas, quienes en su mayoría desconocen las actividades cotidianas y los distintos significados que cada una de las comunidades le confieren a las formas de organización y participación. Al no tomar en cuenta las diferentes formas en que las comunidades construyen y significan su realidad, los resultados son siempre los mismos. El Estado ve a la participación como una cosa, un objeto que puede o no poseer un grupo de personas; y no como una actividad simbólica construida a partir de la interacción, reflexión y deliberación de los sujetos con su ambiente físico y social.

Al ampliarse la brecha entre lo que el modelo económico ofrecía (la espera y llegada de lo prometido: la riqueza, la estabilidad económica y el paso de país subdesarrollado a primermundista) y la realidad por la cual atraviesa la población rural, las contradicciones del modelo y las estrategias de desarrollo se hicieron más evidentes, agudizando las dicotomías y engendrando el enriquecimiento de unos pocos a expensas de la mayoría. Ambos procesos son considerados como obstáculos del mismo proceso de desarrollo. En la búsqueda de alternativas que pudieran reducir y acercar más a ese camino, se comenzó a indagar sobre el concepto de desarrollo más apropiado que tuviese en cuenta “la personalidad” de la Nación y Regiones, así como las estrategias más adecuadas para llevarlo a cabo.

Estas estrategias corrieron a cargo de las diversas organizaciones no gubernamentales (ONGs), las cuales resaltarían la importancia de que proyectos, políticas y programas de desarrollo se desarrollaran “en el marco de una democracia participativa autónoma, en la que se colma la diferencia de sensibilización entre los dirigentes y las masas, y en el que se considera que el hombre es sujeto de su propio mundo y no objeto de los mundos de otros pueblos. Haciendo hincapié en el proceso de acceso al poder” (Oakley y Mariden 1981). Aquí el objetivo de la participación, es

lograr el empoderamiento de las comunidades mediante su capacitación para que sean autosuficientes, capaces de impulsar su desarrollo, de participar en la toma de decisiones juntamente con el gobierno y de demandar políticas sociales.

En México, entre 1990 y 2004, se crearon más del 90% de las Organizaciones Civiles, las cuales consideraban la participación como fin y condición previa para dar solución a los problemas fundamentales por los cuales atraviesan las comunidades, y que al igual que el Estado le atribuyen a esta participación o no de la gente el éxito o fracaso del desarrollo de sus comunidades.<sup>7</sup>

Cabe mencionar que los trabajos realizados dentro de las organizacionales civiles se han apoyado en trabajos de corte administrativo-económico, lo cual ha generado que en sus proyectos exista un olvido de la importancia que juega el contexto global y local en la significación de los proyectos realizados desde organizaciones civiles, y de la participación real de la población dentro de éstos.<sup>8</sup>

En este caso, la mayoría de las organizaciones civiles se definen como “asociaciones autónomas de personas unidas en forma voluntaria para satisfacer necesidades en común mediante una empresa<sup>9</sup> de propiedad conjunta y gestión democrática” (Muñoz y Flores 2005). Parten del supuesto de que cuentan con los recursos humanos, pero no así de los materiales y financieros, para instrumentar las estrategias y acciones diseñadas activamente con la participación de la gente. Por lo que para implemen-

7 En la actualidad la participación es una de las grandes preocupaciones de organismos de las Naciones Unidas (la OIT, la OMS, la FAO, la UNESCO y la FIDA), así como también de las ONG transnacionales como Greenpeace, Oxfam, Amnistía Internacional, entre otras. Construyendo órganos especiales como el UNRISD, los cuales se encargan de explorar y elaborar programas de participación popular.

8 La visión que en ocasiones se tiene de las organizaciones civiles por su preocupación social, ambiental o económica en las zonas rurales, es interpretada como una preocupación superflua, secundaria, preocupante sólo para gente ociosa, rica o gente que busca ganar dinero mediante el cuento de velar por el desarrollo comunitario de la región (Martínez, A. 1994: 11). Dentro de la experiencia colonial interpretada como una historia de subordinación y explotación (al menos de las comunidades en las cuales está centrado este trabajo), lejos de considerar a las ONGs como fuentes de diálogo confiables entre lo local- global, se traduce en una profunda desconfianza hacia éstas.

9 Entendida como empresa en tanto que se compone de socios, necesitan capital para realizar sus actividades y, reconocen que existe un mercado de competencia desleal al cual necesita cautivar.

tar sus proyectos tienen que recurrir a fuentes de financiamiento, provenientes del sector de la política interior y exterior, los cuales imponen su visión a los proyectos y evaluaciones de estas organizaciones civiles. Así, sus trabajos, en muchas ocasiones, actúan como reforzadores de los modelos dirigidos al desarrollo modernizador de las comunidades rurales impuesto por las transnacionales y el Estado<sup>10</sup>.

La mayoría de sus trabajos están enfocados a la capacitación y enseñanza de sus colaboradores, dentro de actividades agrícolas, fauna y ganadería diversificada, forestal, social, tecnológica y de investigación; para preparar promotores comunitarios los cuales puedan ser una extensión de la organización hacia las distintas comunidades en las cuales trabaja.

La participación en este ámbito se refiere más a la producción de conocimientos, nuevas direcciones, nuevos modos de organización y a su difusión, para que la población rural pobre “adquiera poder” e intervenga eficazmente en su desarrollo rural, el cual es posible mediante el aumento voluntario, espontáneo y con frecuencia gradual de actividades de grupo organizadas, devenidas de un proceso de reflexión colectiva y caracterizada por la participación activa y autonomía de los miembros de la comunidad. Sin embargo, el sostenimiento de sus proyectos ha resultado ser una tarea difícil, ya que mucha gente que comenzó en el proyecto ha tenido que migrar a otras ciudades u otros países por la caída de los precios de sus cosechas (el café, el frijol, el limón, el cacao, la jamaica, el maíz, etc.); otras más por los trabajos dentro de sus comunidades (las siembras, las pizcas, el chaponeo, la comida, echar tortillas, etc.); por el tiempo que lleva ver resultados tangibles de lo realizado; o por enfermedades que obligan a abandonar los trabajos o delegarlos a otros familiares.

Es importante precisar que dichas organizaciones no han cuestionado la viabilidad del uso del concepto de desarrollo, dedicándose sólo a hacer una crítica de cómo debe llegarse a éste, es decir, de su práctica, y no de sus objetivos, fines y desventajas en zonas rurales; así como tampoco se han planteado la adopción de un concepto de participación que sea flexible ante las problemáticas emergentes. Igualmente, al contribuir en la el-

10 Según la DAC en 1983 las ONGs recibieron un apoyo financiero de 3,600 millones de dólares provenientes de países europeos (Majad Rahnema: 1992).

boración de la mayoría de los proyectos, los pobladores pasan a ser meros grupos de gente ejecutando una actividad para alcanzar el objetivo señalado por la organización, como lo hace el Estado.

En el caso de las comunidades rurales afromestizas, la participación es ejercida desde una asamblea general, espacio fundamental para la toma de decisiones, planeación y ejecución de acciones y proyectos. Estas comunidades están conformadas por dos o tres familias, lo cual facilita a la asamblea hacer consultas, plantear sus conflictos, solicitar apoyos, agilizar los trabajos, etc. La asamblea tiene la facultad de decidir sobre asuntos tales como la elección de sus órganos de representación y vigilancia, el reglamento o las normas de convivencia interna, la aprobación de convenios, contratos y programas del Estado, y de nombrar comisiones para la atención y solución de problemas específicos dentro de las comunidades. Así mismo, tiene la facultad de ser severa con aquellos miembros de la comunidad poco participativos.

La asamblea está conformada por ciudadanos de cada una de las comunidades. “Ciudadano”, en esta región, es entendido como la dimensión construida sobre la base de la vinculación entre obligaciones y derechos personales que exige la vida en comunidad, exaltando el sentimiento de comunidad de origen, lengua, pertenencia y futuro. A esta visión se contraponen la de ciudadanía estatal, en donde ciudadano es el individuo que cuenta tanto con derechos naturales (libertad de expresión, religiosa, vida, propiedad y libertad en general) y derechos políticos (los ciudadanos estatales tienen capacidad para votar o ser votados en las elecciones para cargos públicos en el Municipio, en el Estado o en la Presidencia) y que “participa activamente” en la organización de su sociedad, aceptando los actos que desempeña el gobierno en su papel de vigilante de los derechos de los ciudadanos. Pero, actualmente la noción de ciudadanía se ha reestructurado, a partir de la agudización de problemáticas ambientales y de pobreza extrema, las cuales han orillado a la gente que habita estas comunidades a migrar y a abandonar a sus familias y comunidades. Para estas localidades, los miembros de su comunidad son indispensables para mantener la continuidad de su cultura y tradiciones, así como el de la misma comunidad. Cuando ellos migran abandonan obligaciones-derechos como el de sus cooperaciones para las fiestas patronales, el manteni-

miento de escuelas, clínicas, iglesias, lo que hace que estas comunidades entren en conflicto ya que al ser menos ciudadanos los gastos se incrementan. Así, estos han tenido que ir adaptando el concepto de ciudadanía al contexto emergente global. Por lo que ahora han tenido que integrar a este concepto a hombres más jóvenes (17 años) o en su caso a mujeres para que participen en las acciones encaminadas a la mejora de sus comunidades.

A lo anterior tenemos que agregar, la introducción y fomento de la “participación” que el Estado y las ONGs han venido practicando durante estos últimos años, ya que también han comenzado a crear conflictos dentro de las comunidades. Como ya señalé anteriormente, una de las estrategias empleadas para que la gente “participe” en la implementación y desarrollo de sus programas, ha sido el de otorgar incentivos económicos o alimentarios. Esto ha generado, por un lado, que la población quiera colaborar en esos proyectos sólo por el beneficio momentáneo que les traerá, y/o porque mantienen la ilusión de que algún día se extenderán las ventajas que unos pocos han tenido del desarrollo –como el enriquecimiento– a todas las comunidades. Pero como no todos pueden acceder al supuesto beneficio, comienza una molestia entre los miembros de las comunidades por las formas en que se deben distribuir estos programas. Y, por otro, que la población ya no desee participar o brindar sus servicios, como en el tequio, si no hay una retribución a cambio. Esto ha resultado conveniente al Gobierno en la medida en que cada vez más la gente se vuelve, por así decirlo, “dependiente” de los servicios públicos y bienes de consumo, lo cual le permite con mucha más facilidad pedir su apoyo a las comunidades para los que se encuentran en el poder, prometiéndoles ventajas y beneficios personales a cambio de su participación en los proyectos (Rahnema Majad 1996).

Podríamos afirmar hasta aquí que la participación dentro de estas comunidades se deriva claramente de su organización cultural, en donde se acuerdan las obligaciones-derechos dentro de ellas, para mantener la cohesión y supervivencia de su cultura y tradición, así como de la comunidad. La participación es, por tanto, no sólo un derecho sino una obligación, en el sentido del tequio; desde su condición como ciudadanos resulta obligado tomar parte en la construcción de sus comunidades, y

por ende de su cultura e identidad. Y desde su condición de hombres y mujeres, esposos (as), hijos, campesinos, estudiantes, etc., que desean la construcción y el mejoramiento de sus comunidades a partir de su cultura resulta primordial exigir y hacer valer sus derechos para llevarlo a cabo. Sin embargo, la dinámica impuesta por el Estado desde el modelo económico modernizador y las ONGs ha generado que esta concepción cambie: de los valores colectivos de cooperación (que en estas comunidades no están muy arraigadas) a valores individuales de competencia, haciendo desaparecer muchas veces, acciones participativas reales como la del tequio, la cual, día a día se va difuminando, y que podría ser una opción de concepto y práctica de participación real.

En la práctica y significación de la participación dentro del Estado, ONGs y comunidades rurales podemos notar cómo entre ellas se tocan y emergen nuevas formas y pautas de resignificación de la misma. Pero así como guardan similitudes al emerger de universos distintos de valores y significados, también saltan sus diferencias. Se pueden advertir dos grandes similitudes entre la concepción de la participación en el Estado, ONGs y comunidades rurales: la primera se refiere al hecho de que éstas coinciden en que la “participación es una herramienta principal para todo tipo de programa que pretenda el éxito y; segundo, en que es el medio principal para resolver los problemas emergentes de la población. Es decir, no se discute la idea de la importancia de la participación, pero sí en llegar a establecer un consenso sobre su significado y puesta en práctica.

El Estado y las ONGs encuentran la participación como una práctica pasiva –en tanto que hacen intervenir a la población únicamente en acciones concebidas y controladas por personas ajenas a las comunidades y a sus necesidades reales– subordinada a la asistencia del desarrollo en una dirección determinada (unidireccional o multidireccional). Estos han obviado la importancia de los procesos contextuales que intervienen o definen la participación de la población dentro de los proyectos sociales. Así también ven a la población como un recurso humano, capaz de ser dirigido hacia los objetivos planteados e impuestos por ellos. A diferencia de estas concepciones, la participación dentro de las comunidades afroestizas proviene de su reflexión entre su experiencia del ámbito local y global y la reinterpretación de la misma, la cual no está encaminada al

“desarrollo”, sino al sostenimiento de sus prácticas culturales, sociales y económicas, que les permitan seguir unidos. Pero, entonces, ¿a qué podemos llamar participación? ¿Qué es la participación?

### ¿A qué podemos llamar participación?

Diferentes posturas en el ámbito disciplinario y de acción han tratado de definir a la participación. Ejemplos claros son los venidos de la economía y de organizaciones internacionales. La participación desde la economía señala que “es el acto de tomar parte en los objetivos de la economía y los arreglos de tipo social relacionados con ella”. Según esta aseveración la participación es definida y practicada a partir del involucramiento de una persona a un proyecto predefinido, más específicamente de un proyecto económico, para que esta acción pueda calificarse como participativa (Majid 1996). Las Naciones Unidas mediante la Unrisd (Instituto de Investigación de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social) define la participación como “los esfuerzos organizados para incrementar el control sobre los recursos y los movimientos por parte de aquellos que hasta el momento fueron excluidos del control”. Ensalza la importancia de los actores sociales en la planeación y ejecución de los proyectos propuestos por las organizaciones civiles. Por su parte el grupo del estudio de ambientes (GEA) precisa que la participación “es un acto responsable y eje crítico de un proceso de investigación/planeación/seguimiento; condición necesaria para la reorientación del proceso de desenvolvimiento rural hacia la sustentabilidad” (González 1996).

Hasta aquí podemos destacar tres características que distinguen a la participación, según estas definiciones:

1. El hecho de que hace que las comunidades puedan tomar o formar parte de.
2. Es vista como una acción libre, que permite al actor ser parte de las acciones y programas de gobierno u otra índole.

3. Su carácter moral según se le haya definido o de las metas que persigue. Se le asocia generalmente con fines morales o deseables, y, como tal, adquiere una connotación positiva.

La participación que es también una forma de intervención, para investigadores sociales, Estado y ONGs, gracias al carácter metodológico que le han conferido las teorías de corte interpretativo, es demasiado compleja como para reducirla a un discurso del desarrollo o bien a un instrumento o metodología. Dichas concepciones se han apropiado del concepto de participación para sus propios fines, descontextualizándola y despersonalizándola, sin tomar en cuenta los diferentes significados y las prácticas que adopta la participación dentro de un ambiente social y natural.

Desde una visión experiencialista podemos decir que la participación social no es un proceso natural o determinado por las estructuras socioculturales y biológicas, sino un constructo social creado y significado en la interacción comunicativa, de la negociación constante con el ambiente y otras personas. No es algo objetivo o tangible que posee o deja de poseer un individuo, es un concepto que el observador utiliza para llenar las lagunas de la invisibilidad que el sistema ocasiona. Damos nombre de participación a “una situación o acción” observada y experimentada, a la cual le otorgamos un sentido, significado y valor, creando una pseudorrealidad o una realidad objetiva relativa, a partir de la cosificación del concepto de “participación” (Watzlawick 1995). Podemos cometer el error de pensar que dicho concepto es la situación o acción que determinamos y que su significado permanece estable en tiempo y espacio, ya que es siempre esta realidad objetiva relativa la que conocemos; pero es a partir de la interacción que el individuo tiene con esta realidad y con otras más, como se va construyendo y resignificando el concepto de participación, así como el del ambiente social, lo cual ocasiona que este concepto esté en constante movimiento. La participación entonces no es solo un producto de la constitución biológica del hombre o producto de la evolución y estructura social, sino es un “constructo social producido por el mismo hombre” (Berger y Luckmann 1968).

La construcción del significado de la participación se da a nivel intersubjetivo, mediante acciones comunicativas que se expresan a nivel de la

vida cotidiana, ya que los individuos construyen a su alrededor símbolos y significados dotados de valor que proceden de un ambiente natural y social determinados (contexto), que les permiten entenderla o conocerla. Así, la participación es vista como un constructo social que nace en un espacio y tiempo determinados dentro del proceso de interacción comunicativa, otorgándole significado a la misma.

Pero así como los individuos a partir de la observación influyen en lo observado llevándola a la construcción de realidades, también lo observado puede influir en el observador, lo que permite que se modifiquen los significados y símbolos mediante la interpretación y reinterpretación de los conceptos en la interacción comunicativa (Heisenberg citado por Watzlawick 1995). La especificidad que se le otorga al hombre como constructor de significados, también le concede el don de poder crear, mantener y modificar dichas interacciones con sus significados, es decir, que interactuamos mediante estímulos provistos de significado y valor (Munné 1989). Entonces el significado del concepto de participación estará sujeto al ambiente natural y social construido y reconstruido por los individuos que forman parte del mismo ambiente natural y social.

Esta creación de significados como actividad social permite que sean internalizados por los individuos que participan en su construcción, no sólo porque son aprendidos sino porque es llevada a cabo por todos los participantes en interacción, y es parte de esta misma actividad, que se produce a partir de internalizar la interacción simbólica y devolverla en la misma interacción (Munné 1989). Este proceso puede explicarse con mucha más claridad si lo definimos como una conversación o interacción comunicativa consigo mismo (actividad reflexiva). Así, podemos internalizar el significado, valor y símbolo, de la participación por medio de la acción reflexiva que hacemos de nuestras interacciones comunicativas.

La participación en este caso puede ser definida, de manera relativa, como una actividad simbólica, construida a partir del significado que adquiere mediante la interacción, reflexión e interpretación entre los actores sociales con las organizaciones civiles y el gobierno en un contexto social construido por ellos mismos. Es un proceso significado y reconstruido en varios momentos, durante los cuales Sujetos-Gobierno-ONG se forman y forman a otros en el manejo de conocimientos y prácticas que

proviene de la experiencia participativa social, por lo que implica reconocer su variabilidad, en relación a quien esté interpretando lo experimentado.

En esta “interacción-experiencial” son los propios participantes quienes “entre sí y con las otras partes, constituyen un proceso por medio del cual van construyendo lo que la participación es”. Pero, asimismo, esta construcción influirá en su interpretación de la misma, lo cual le permitirá realizar modificaciones en el significado mediante la reinterpretación de lo que se le presenta como participación. La participación en este sentido no es un concepto ni modelo de carácter universal, “sino una construcción social múltiple, sujeta a valores y circunstancias contextuales que existen en un determinado momento” (Ferran Camps s/f). Es decir, la participación no puede ser un constructo generalizado que pueda aplicarse tabula rasa; más bien responde a concepciones particulares compartidas por grupos culturales dados.

### **La imagen como herramienta metodológica dentro de los grupos focales**

Con frecuencia, dentro del análisis de una situación o problemática social –en este caso “el significado y práctica de la participación”– se puede disentir en lo referente al modo en que debe estudiarse. De esta aseveración surge la pregunta: ¿dentro de qué paradigma metodológico debemos partir para el análisis o interpretación de las actividades humanas? María J. Mayan, en su módulo de entrenamiento para estudiantes y profesionales, dice: “Tanto la indagación cualitativa como la indagación cuantitativa son importantes e iluminan diferentes aspectos del problema. Se elige una de ellas a partir de los propósitos del estudio y la pregunta de investigación que se desea responder” (Mayan 2001).

Cabe señalar que dichos paradigmas (inductivo y deductivo) comparten algunos de sus conceptos, los cuales fueron retomados de los enfoques teóricos predominantes. Dentro de éstos también se puede encontrar diversas herramientas metodológicas de recolección de datos, en donde el mayor aporte de éstas se encuentra en la metodología cualitativa (etnogra-

fía, fenomenología y teoría fundamentada). Lo cierto es que no podemos *rechazar* el uso de los métodos cuantitativos y su utilidad, ya que estas indagaciones dieron y dan cuenta de algunos de los aspectos planteados en ciertas problemáticas sociales. Pero debemos reconocer que nuevas interpretaciones y problemas se plantean, incluso nuevos niveles de profundidad y complejidad, imposibles de explicar sólo con el modelo cuantitativo (Montero s/f). La indagación cualitativa ofrece la oportunidad de ir más allá de los números, conocer sus significados e historia (Mayan 2001).

Así, pues, a partir de los objetivos y de la teoría empleada en esta investigación he implementado y diseñado una metodología cualitativa basada en la discusión de imágenes en grupos focales, ya que ésta me permitirá aproximarme a la realidad construida por los sujetos mediante la descripción discursiva de sus experiencias dentro de su contexto, y así poder interpretar y dar respuesta a las preguntas de investigación.

Las imágenes nos permiten, según la antropología visual, acceder a aspectos de la vida cotidiana como las tradiciones, costumbres, el sentido común, entre otras, que escapan al ojo del investigador y a las descripciones y explicaciones discursivas de los sujetos mediante las entrevistas, ya que la imagen permite conocer y aproximarnos a la interpretación de una determinada realidad mediante el discurso que el observador construye alrededor de ella. Estas interpretaciones son construidas por quien mira la imagen a partir de su sistema conceptual, que surge de sus interacciones y experiencias dentro de un contexto dado, y que le permite interpretar y reflexionar lo que mira desde su punto de vista, es decir, desde un posicionamiento discursivo relativo a su contexto. Así, el discurso visual permite explorar la relación entre valores, prácticas y los significados culturales que el observador le confiere. De ahí que su contenido o significación no sean fijos o universales, ya que una imagen no sería interpretada de la misma manera por una persona que vive en una ciudad de España y otra que vive en una zona rural de México. Pero también dentro de un mismo contexto puede existir diferenciación en la interpretación, ya que ésta está sujeta a la experiencia individual-social de cada individuo (Estrada y Hernández 2003). Para Vilches (citado por Hernández 2007), las imágenes pueden ser vistas como textos, los cuales producen el discurs-

so visual, es decir, que este texto-imagen es el que produce la expresión oral y no al revés. En su condición de texto, éste puede remitir a un tema o diversos temas según las lecturas y así poder aproximarnos a la ideología de quien mira.

La imagen dentro de los grupos focales nos permitirá acceder a este universo de sistemas culturales e ideologías mediante el cocimiento de su interpretación “individual”, puesta en la mira de otras interpretaciones en las cuales pueda encontrar similitudes o diferencias ante lo que mira e interpreta, lo que nos lleva a aproximarnos al conocimiento de cómo se conoce, se interpreta, se internaliza y cómo por medio de la interacción comunicativa se construye y reconstruye las interpretaciones y significados. Todo esto expresado en la discusión de la imagen, mediante una guía focalizada. El tema, como lo sugiere Vilches, nace de las diferentes lecturas de los observadores, pero éste también puede ser propuesto por el investigador para los fines del trabajo que realice, es decir, que la imagen puede tener una intencionalidad que sirva al análisis de la investigación. Para esto el investigador debe contar con una competencia discursiva y visual del contexto y del tema dentro del mismo para poder dar coherencia a un texto visual dentro de ese contexto, lo que le permitirá al mismo tiempo aproximarse al conocimiento de la realidad de los actores sociales.

### Cambios en los significados de la participación local

La resignificación de la participación así como su puesta en práctica dentro de las comunidades rurales afroestizas se puede comprender y conocer más claramente mediante la evocación de pasadas experiencias y experiencias actuales como: “el antes y el ahora”, ya que es en esta interacción y comparación en donde analizan y reflexionan las transformaciones que se han dado en cada una de sus localidades. El antes nos remite al discurso de prácticas que experimentaron parientes como bisabuelos, abuelos, padres o ellos mismos en su infancia, en relación con la participación dentro de sus comunidades. Esta experiencia es significada mediante el discurso-imaginado que se tiene del antes aunque este no haya sido experimentado por ellos, es decir, que al mismo tiempo que se tiene un discurs-

so del antes, se comienza a imaginar la experiencia y se le atribuyen significados en el ahora. Así, el “antes”, es el tiempo y espacio en donde la gente era más unida, organizada y responsable con su comunidad. El ahora se presenta como una contraposición de lo que se experimentó en el pasado, por lo que la gente actualmente es desunida, desorganizada e irresponsable con su comunidad.

La participación –explican– de ser una acción gratuita y voluntaria, ahora se la ve como un negocio que les puede beneficiar económicamente, gracias a la introducción de otras prácticas llamadas participativas. Deja de ser un servicio y se transforma en un trabajo remunerado, el cual es despersonalizado y descontextualizado, ya que no guarda ninguna relación con su comunidad, cultura e identidad. El significado de la participación se encuentra íntimamente ligado al concepto de responsabilidad. Un ciudadano participa porque es responsable; por lo que en estas comunidades la gente que no participa en actividades que tienen que ver con la comunidad es vista como irresponsable. Este paso de la responsabilidad enmarcada en el antes, a la irresponsabilidad centrada en el ahora, es explicada a partir de los cambios en las prácticas del Estado, las cuales impactan directamente a las comunidades. Al Estado se le acusa de ser quien genera la irresponsabilidad de los ciudadanos, porque permite y al mismo tiempo desarrolla acciones que dañan a las comunidades, como la de engañar y utilizar a la gente para beneficios personales o de partido y robar recursos económicos dirigidos a éstas, cosa que no pasaba en el “antes”.

Otro aspecto que ha permitido la resignificación de la participación es el que se encuentra ligado a la experiencia del trabajo colectivo. Las actividades participativas conjuntas en estas zonas se dan en el ámbito de la comunidad (el agente municipal, el secretario, el tesorero, los vocales, las asambleas, los comités y los tequios); mientras que las actividades individuales o personales están en los espacios domésticos y laborales. Este último se encuentra dividido por género, pero también por el tipo de trabajo que se realiza en cada una de las comunidades. Es primordial rescatar la importancia que adquiere el tipo de trabajo y el tiempo que se le dedica en la práctica y caracterización de la participación social, ya que es esta acción, la del trabajo, la que define en cierta medida la participación o no

de los miembros de una comunidad en los proyectos ejecutados por los agentes, los comités y hasta las Organizaciones Civiles y de Estado; así como el papel que juega en el significado de la participación el tipo de raza a la cual pertenece cada una de las comunidades (negra, morena, mestiza o blanca).

Las actividades laborales se dividen dependiendo de la comunidad en la que habitan. En Charco Redondo, la mayoría de los hombres se dedica al trabajo en el campo; en la comunidad del Azufre, se dedican al campo y a la pesca de temporada, ya que el río que atraviesa su comunidad en época de lluvias se ensucia y es imposible tirar el trasmayo<sup>11</sup>. En Chacahua las actividades principales son la pesca y el turismo. Cada una de estas actividades requiere tiempos diferentes para realizarse. Para el trabajo en campo dedican más de nueve horas, mientras que la pesca se da en dos horarios distintos de siete a nueve de la mañana y de cuatro a seis de la tarde, dando como resultado sólo cuatro horas. Así, en la zona de Chacahua los hombres tienen más tiempo libre que dedican al turismo en temporada o al descanso, si no hay demanda de servicios. En el caso de la comunidad del Azufre, se tiene más tiempo libre en época de pesca, pues al igual que pasa en Chacahua solo se le dedica cuatro horas al trabajo. En el de cosecha les requiere mucho más tiempo. En Charco Redondo pasa lo contrario. Por su labor campesina dedican casi todo el día a dicho trabajo, dejándoles muy poco tiempo para realizar otras tareas. De esta apreciación –según los actores sociales– surge la explicación de que en comunidades en donde la actividad primordial es el cultivo es mucho más difícil organizar y hacer participar a sus miembros, porque no tienen tiempo suficiente para reunirse y trabajar en conjunto. Caso contrario es el de las comunidades que se dedican a la pesca, ya que implica menor tiempo en su desempeño y permite que los miembros de la comunidad tengan más espacios al día para organizarse y participar en acciones benéficas para la comunidad.

No debemos cometer el error de pensar que entre más tiempo una persona o comunidad dedique a su trabajo, menor será su participación en otras áreas; ya que no es un caso simple de causa-efecto. En estas comu-

11 Red empleada para la pesca de menjua (cría de camarón).

nidades se construyen dos discursos paralelos contradictorios en relación a esta afirmación. Por un lado, se explica por medio de su experiencia que quien dedica menos tiempo a su trabajo tiene más posibilidades de organizarse de quien no lo tiene; pero también afirman que son esos que no tienen tiempo los que se organizan y participan más, porque aunque su trabajo requiere de más tiempo, es colectivo; y que el ser campesino, por su misma condición, le permite ser más organizado y participativo que los que no lo son.

Las actividades laborales también diferencian condiciones de raza: la pesca está ligada a su carácter de negro o moreno y la del campesino o comerciante está ligada al moreno, indio, mestizo o blanco. Los indios en estas regiones son vistos como gente “incivilizada”, “buena”, “organizada”, “participativa”, “unida”, “sin pena” y “activa”; mientras que los negros son definidos como “gente civilizada”, “penosos”, “desconfiados”, “desorganizados” y “poco participativos”. Es decir, definen la práctica de la participación y su significado a partir de la raza y de lo que ellos definen como civilizados-modernos, ya que el ser civilizado se encuentra ligado con el trabajo individual y la condición incivilizada al trabajo colectivo. Así, pues, se piensa que los indios al tener más experiencias en trabajos colectivos los hace ser más participativos, lo que no pasa con los morenos o negros, quienes al no tener experiencias de trabajos colectivos no saben cómo organizarse para una mejor participación en trabajos comunitarios.

Los proyectos de Estado, como el de Oportunidades, y de organizaciones civiles, como Ecosta Yutu Cuii S.S.S., Ceciproc, Mujer y Familia, Luz de Mujer, etc.; se han dedicado a difundir programas con el fin de involucrar a la gente en el desarrollo de sus comunidades y de ofrecerles alternativas de sustento económico mediante la implementación de trabajos como la elaboración de hortalizas, baños secos, compostas, conservas, cocinas ecológicas, taller de costura, medicina alternativa, red de humedales, caja de ahorro, patios limpios y pláticas de violencia intrafamiliar, uso del condón, los derechos humanos de hombres, mujeres y niños, para terminar con fenómenos sociales como la migración, la pobreza y la violencia. Dichos programas en su mayoría son dirigidos a mujeres de la región y representan en sí mismos un recurso económico para las familias, por lo que estos trabajos son considerados por los habitantes del lugar

como positivos y negativos al mismo tiempo. “Lo bueno” de estos trabajos es que permiten por un lado que gente externa los oriente y capacite y se aprenda a realizar nuevas actividades obteniendo recursos materiales obsequiados por las instituciones, y por otro que se les pague por aprender y trabajar con ellos. La diferencia entre su participación en el tequio y la participación dentro de estos proyectos radica en el significado que le atribuyen a cada uno de ellos; ya que como he mencionado la participación en el Tequio es vista como un servicio voluntario y conjunto que brindan los habitantes de la comunidad de manera gratuita, el cual se ejerce desde una asamblea general, espacio fundamental para la toma de decisiones, planeación y ejecución de acciones y proyectos. La participación en programas de ONGs y del Estado es vista como un trabajo colectivo no voluntario por el cual perciben un salario o paga para ejecutarlo. Esta participación no deviene de su organización cultural identitaria, sino de otra (occidental) que pretende enraizarse y que hace que la gente se vuelva dependiente de los servicios públicos y bienes de consumo, prometiéndoles ventajas y beneficios personales a cambio de su participación en los proyectos.

“Lo malo” que los actores sociales identifican de estos trabajos es que tanto las organizaciones civiles como el Estado han separado los derechos de las obligaciones, generando así que la gente se vuelva irresponsables bajo la frazada de defender y hacer valer sus derechos individuales, olvidando las obligaciones que tienen con su comunidad. En el ejercicio del tequio pasa lo contrario, ya que es en este espacio donde se acuerdan las obligaciones-derecho dentro de ellas para mantener la cohesión y supervivencia de su cultura y tradición, así como de la comunidad, es decir, hay una vinculación entre derechos y obligaciones, ya que desde su condición como ciudadanos es obligatorio tomar parte en la construcción de sus comunidades, de su cultura e identidad.

El involucramiento de los habitantes de las zonas rurales en proyectos de Estado y ONGs se sustenta sólo en dos cosas. La primera, que tiene que ver con la importancia de aprender nuevas cosas y los servicios que brindan (como en el caso del centro de salud o las escuelas). Y, la segunda, señalada como la más importante, es la del beneficio económico o pago que reciben por realizar ese trabajo. La falta de interés en estos tra-



bajos se explica en contraposición del porqué se trabaja, es decir, no se labora en esos programas cuando no hay una retribución económica y cuando el contenido de ellos no es importante. Pero también a esto tenemos que agregar otros que tienen que ver con la manera en que se conducen los promotores y con sus actividades cotidianas individuales y culturales. Así, para ellos no laborar en estos trabajos tiene que ver también con el tiempo que se pierde en reuniones; con la corriente política a la que pertenecen; porque ya les quitaron el apoyo, porque sólo son dirigidos a un grupo (hombres o mujeres), por miedo al fracaso y a la burla de sus compañeros o simplemente porque no necesitan del dinero que les ofrecen. Cuando hacen referencia al trabajo en grupo, se remiten a las dificultades que ellos encuentran en el trabajo grupal: “la gente queda mal”; los trabajos “no son equitativos”; y, sobre todo, para evitar conflictos. Señalan el abuso de poder y el chantaje al que son sometidos por parte de los promotores o encargados (ciudadanos de la comunidad) de los proyectos como una de las causas principales para no contribuir al trabajo, aunado a la falta de transparencia en el manejo de los recursos económicos por parte de los encargados.

Esto último es una constante en las experiencias de trabajo colectivo que se han venido realizando en los últimos años dentro de las comunidades, lo cual ha generado conflictos internos entre los participantes. Acusan a los promotores de no explicar cuánto dinero dan las organizaciones internacionales o el Gobierno para cada uno de sus proyectos, así como también, de cómo es que éstos deben de ser repartidos o invertidos. Por lo general estos recursos son vistos como salarios por el trabajo que se encuentran realizando, ya que no es un servicio como el tequio, por eso es que las discusiones giran siempre alrededor de cantidad y tiempo laborado.

De estas experiencias surge el significado que le dan a prácticas ligadas con el engaño o la honestidad referidas a conceptos como el de ser “listo” o “pendejo” dentro de estos trabajos. Una persona lista dentro del trabajo grupal es aquella que consigue engañar o envolver a sus compañeros para robar o ganar beneficios económicos o de otra índole que le permitan mejorar su calidad de vida de manera momentánea. Cuando se habla de estas acciones más que criticarlas parece que se tuviera una especie de admiración por quien sabe engañar y robar, ya que ellos se imaginan en

la situación y justifican el proceder de la persona, pero al mismo tiempo se justifican ellos por que señalan que quien los engañó no fue “un tonto”, sino una persona más lista, y que por eso se dio el robo o el engaño. Pendejo es la persona que no sabe expresarse de manera fluida, de tal manera que no puede engañar a sus compañeros; pero también se es peñejo si este tiene acceso a recursos económicos o materiales y no los roba para obtener un beneficio personal. Estas personas más que ganar la admiración de la comunidad son criticadas por el hecho de no haber conseguido recursos económicos de manera fácil e ilícita.

Cada una de estas explicaciones del porqué se participa o no y del porqué se abandona los proyectos, se encuentran intrínsecamente relacionados. Por ejemplo, en el caso de los beneficios económicos, es el motivo por el cual se ingresa o se interesan por el trabajo, pero al mismo tiempo es el motivo por el cual se generan conflictos entre los miembros del grupo, lo que causa que abandonen el trabajo. Así, pues, es de primordial importancia tomar en cuenta los motivos por los cuales deseamos que la gente se interese en un trabajo determinado y cómo es que éste debe ser seguido por los promotores, así como reflexionar acerca de cómo es que deben ser manejados los recursos económicos para que estos no sean causantes de conflictos entre los miembros del grupo y del abandono del trabajo.

## Conclusiones

El Estado y las ONGs han visto en la participación de los ciudadanos una manera de sostener un discurso y prácticas ligadas al desarrollo. Subordinan la participación a sus propios fines y beneficios, desdénando los significados y prácticas que los habitantes de las zonas rurales afromestizas les conceden dentro de su ámbito cotidiano. Ver a la participación como un grupo de gente ejecutando una actividad dirigida por un promotor o líder, en donde los actores se nos presentan como seres incapaces de reflexionar, analizar o de proponer estrategias que les permitan en sus comunidades atender problemáticas, ha provocado que se piense en la participación como un trabajo remunerado, el cual trae sólo beneficios

personales pero no grupales. Esta postura irrumpe en las comunidades rurales afromestizas, generando conflictos entre los actores sociales, ya que para ellos la participación no es una mercancía que se pueda ofrecer, sino un servicio que permite la reproducción de su espacio identitario y cultural, así como el sostenimiento de sus comunidades, ocasionando la reestructuración de su significado y práctica dentro de ellas. Como resultado de las experiencias obtenidas dentro de este “trabajo participativo” propuesto por el Estado y Organizaciones Civiles, se imprime una connotación negativa al trabajo en grupo. Por lo que es importante que las Organizaciones Civiles y el Estado dejen de ver a la participación como una cosa, un objeto que pueda poseer o no un individuo o grupo de personas.

La participación real es aquella que se construye y significa dentro del ámbito cotidiano y global. Esta adquiere diversas prácticas y significados en distintos ámbitos simbólicos que tocan y alcanzan a las comunidades afromestizas. La participación, como actividad simbólica, es construida a partir del significado que adquiere mediante la interacción, reflexión e interpretación entre los actores sociales con las organizaciones civiles y el gobierno en un contexto social, el cual es construido y reconstruido en varios momentos, durante los cuales Sujetos-Gobierno-ONGs se forman y forman a otros en el manejo de conocimientos y prácticas que devienen de la experiencia participativa social, y que ensalza sentimiento de identidad y pertenencia.

## Bibliografía

- Aguilar-Álvarez, Bay (1998). *El lenguaje en el primer Heidegger*. Fondo de cultura económica. México.
- Aguirre Beltrán, E. (1981). *La población negra de México*. Estudio Etnohis-tóricoSRA-CEHAM. México.
- Barroso, González (2000). *Planificación estratégica e instrumentos de desarrollo local. Servicios de publicaciones de la diputación de Huelva*.
- Berger, P. y T. Luckmann (1968). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu. Buenos Aires.

- Bottomore, T. B.(s/f). Introducción a la sociología. Península. 1ª parte.
- Caballero, Juárez (2000). “La idea de ciudadanía en la Revolución de Independencia de los Estados Unidos de América”. En: *Ciudadanía en movimiento*. Universidad Iberoamericana. México.
- Chance, K. (1986). “La dinámica étnica en Oaxaca Colonial”. En: *Etnicidad y pluralismo cultural: la dinámica étnica en Oaxaca*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México.
- Dowson, S.; L. Manderson, y V. L. Tallo (1997). *Manual para el uso de grupos focales. Métodos de investigación social en enfermedades tropicales*. Fondo Editorial Fintec. Caracas.
- Ecosta Yutu Cuii (2000). *Estrategia de conservación y desarrollo comunitario en la costa de Oaxaca*. ECOSTA YUTU CUII. Oaxaca, México.
- Espinosa Rafael (2007). “Textualización y discurso visual: un ejercicio interpretativo a partir de fotografiar el entorno”.
- Estrada, M. y R. Hernández (2003). “La construcción social de la pobreza rural en el marco de la globalización”. Polis 02, vol. II. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. México.
- Ferran Camps (S/F). *Participación comunitaria y gestión alternativa de conflictos*.
- García Canclini, Néstor. (1999). *La globalización imaginada*. PAIDÓS. México.
- González Martínez (1996). *El proceso de evaluación situacional rural y planeación participativa local/regional: una reflexión*. GEA A.C.. México.
- Habermas, J. (1988). *Teoría de la acción comunicativa*. Taurus.
- Hans, Joas (1991). “Interaccionismo simbólico”. En: *La teoría social, hoy*. Alianza. Coedición, Consejo Nacional para la cultura y las Artes. México.
- Hans, Küng (1997). “Luces y sombras de la globalización”. S/e.
- Lakoff G. y M. Johnson (1986). *Metáforas de la vida cotidiana*. Cátedra Teorema. Madrid.
- Lazzati, S. (1997). RP/TD *El proceso decisorio, enfoque, método y participación*. Macchi. Pp. 115-163. Buenos Aires.
- Madrazo, C. y T. Beller (1994). *Derechos humanos y participación social. Participación ciudadana y control social*. Miguel Ángel Porrúa. México.

- Mayan, J. (2001). *Una introducción a los métodos cualitativos: Módulo de entrenamiento para estudiantes y profesionales*. IIQM. Canadá.
- Montero, M. (s/f). “Un paradigma para la psicología social. Reflexiones desde el quehacer en América Latina”.
- Munné, F. (1989). “El interaccionismo simbólico y tendencias afines”. En *Entre el individuo y la sociedad. Marcos, teorías actuales sobre el comportamiento interpersonal*. PPC, S.A. Barcelona. España.
- Muños, R. y V. Flores (2005). *Principios de las organizaciones que perduran*. Inédito.
- Martínez, Alier (1994). *De la economía ecológica al ecologismo popular*. ICARIA S.A. Barcelona.
- Oakley, P. y D. Mariden (1981). *Consideraciones en torno a la participación en el desarrollo rural. Grupo de trabajo del CAC para el desarrollo y Oficina Internacional de Trabajo*. Ginebra.
- Olvera, H. (2005). “Hacia una estrategia de la participación de los sujetos agrarios en el proceso de organización y capacitación”. En: *Estudios Agrarios. Revista de la procuraduría agraria 2005*. Procuraduría Agraria. México.
- Pombo, Paris (1990). *Crisis e identidades colectivas en América Latina*. UAM-X. México.
- Rahnema, Majid (1996). “Participación”. En: *Diccionario del desarrollo. Una guía de conocimiento como poder*. PRATEC. Pp. 194-233. Perú.
- Reid, A. Coord. (2004). *Proyecto UAM-I: Guardianes del futuro*. Inédito. México, DF.
- Reyes C. y M. Villa (1997). *Avances en una propuesta de desarrollo sustentable para el Municipio de San Pedro Tututepec* Ecosta Yutu Cuii S.S.S. Oaxaca.
- Ritzer, George (2002). *La McDonalización de la sociedad. Un análisis de la racionalización en la vida cotidiana*. Ariel Sociedad Económica. España.
- Ritzer, G. (s/f). *Teoría Sociológica Contemporánea*. McGRAW.HILL.
- Varela, J. (2005). *De cuerpo presente*. Gedisa. España.
- Watzlawick, P. (1995). *El sinsentido del sentido o el sentido del sinsentido*. Herder. Barcelona.

### Artículos en red

- Prats, J. (2006). El desarrollo como construcción social. Génesis de la idea de desarrollo. México. En [www.iigov.org/gbz/article.drt?edi=545691 &art=545703](http://www.iigov.org/gbz/article.drt?edi=545691&art=545703) - 46k
- Principales teorías sobre el desarrollo económico y social.  
En: <http://pnd.presidencia.gob.mx/index.php?idseccion=20>